

El paisaje desde el límite de lo urbano: una utopía necesaria y educadora

LANDSCAPE AND THE URBAN BOUNDARIES: A NECESSARY LEARNING UTOPIA

Francisco Javier ABARCA-ÁLVAREZ* y Francisco Sergio CAMPOS-SÁNCHEZ*

PÁGINAS 63-78

Fecha de recepción: 2012.09.07 • Fecha de revisión: 2013.01.07 • Fecha aceptación: 2013.02.24

RESUMEN

El discurso sobre los bordes de lo urbano en confrontación con lo rural ha sido una constante desde tiempos antiguos, tomando especial relevancia en las últimas décadas, impulsada por los profundos procesos de congestión en las grandes ciudades. En la actualidad, el concepto paisaje continúa con la dialéctica ciudad-campo, pero incorporando abiertamente los imaginarios individuales en su construcción. En este ensayo se recorre especialmente la visión sobre estos límites en el último siglo, pudiéndose concluir que el paisaje se emparenta con el concepto de utopía en cuanto que fabrica imágenes que pueden ser irreales, pero que a la vez generan tensión, obligación de mejora, y suponen consuelo. El paisaje generalmente se conforma exteriormente al objeto —idea de paisaje como la visión del emigrante—, encontrándose esa mirada valiosa y necesaria por la complejidad que introduce y por su capacidad de socialización y reconocimiento colectivo, así como por sus virtudes educativas, que nacen del sueño y del desafío a la realidad.

PALABRAS CLAVE

Paisaje, utopía, ciudad-campo, imágenes.

ABSTRACT

The discourse regarding urban edges as they confront rural areas has been a constant since time immemorial, acquiring special relevance in recent decades, driven by the profound congestion issues seen in large cities. Currently, the landscape concept continues with a country-city dialectic, but openly incorporating individual imaginations in its construction. In this trial, the vision regarding these limits over the past century is especially examined, concluding that the landscape is related to the concept of utopia, in that it manufactures images which may be unreal but which, in turn, generate tension, an obligation for improvement, and which mean comfort. The landscape generally conforms to the object —the idea of landscape as the emigrant's vision—, finding this look valuable and necessary due to the complexity which it introduces and due to its capacity for socialization and collective recognition, as well as due to its educational virtues, which are born out of dreams and a defiance of reality.

KEYWORDS

Landscape, utopia, country-city, images.

Introducción

El objeto de este trabajo es desvelar la importante función explicativa y educativa que desempeña el paisaje en la concepción del espacio límite existente entre la ciudad y el campo. Para ello se realiza un ensayo sobre la percepción cultural a lo largo del último siglo que la disciplina urbanístico-pensadora ha desarrollado sobre este aspecto. El texto se construye desde lo urbano hacia lo que no lo es, lo que conlleva un entendimiento del paisaje como ensoñación constructora para los ciudadanos, idea que converge con el concepto de utopía, con el que se relacionará profundamente. La mayoría de las teorías y experiencias protagonizadas por los distintos autores que aquí se nombran giran en torno a una idea central: la dialéctica entre lo urbano y la naturaleza como solución frente a la congestión de las grandes ciudades heredadas de la revolución industrial, ha de concluir en la fusión positiva de ambas categorías en beneficio mutuo. Como se verá, la espina dorsal que yergue esta utopía

* Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Granada, Universidad de Granada (Granada, España), fcoabarca@ugr.es.

* Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Granada, Universidad de Granada (Granada, España), scampos@ugr.es.

† Ref. bib.: ABARCA-ÁLVAREZ, Francisco Javier & CAMPOS-SÁNCHEZ, Francisco Sergio (2013) “El paisaje desde el límite de lo urbano: una utopía necesaria y educadora”, *Urban NS05*, pp: 63-78.

costrará forma a través del bagaje intelectual protagonizado desde sus múltiples enfoques. En este ensayo se recorrerán determinados pasajes de la historia urbana, fundamentalmente en el siglo XX, considerándose el urbanismo del tal periodo, descrito por Peter Hall como movimiento intelectual y profesional de reacción frente a los males de la ciudad del siglo XIX (Hall, 1996:16). Observaremos la sucesión de las propuestas que reclaman una aproximación a la naturaleza como eje de recuperación de valores, a la vez que se suceden otras más integradoras que compaginan la técnica, la naturaleza y el arte (Bozal, 1999:23). Desde la apertura de los campos a los pioneros mediante la *Homestead Act* de 1862¹ (Hall, 1996:99) a la consideración de aquella vasta unidad de paisaje descrita por Patrick Geddes en 1915 como «provincia cubierta de casas» (Geddes, 2009:100), vemos como tanto en el continente europeo como en el americano la relación entre lo urbano y el campo pasará a ser una cuestión fundamental en el discurso urbanístico, hasta trascender a nuestros días.

La idea de prescindir de la ciudad a la hora de constituir lo humano propia del desurbanismo, incipiente de algún modo en los ideales de Jefferson de final del siglo XVIII y criticada por autores como Le Corbusier en el primer tercio del siglo XX, significaba una reacción a la realidad de la época: el dominio del hombre sobre la naturaleza a través de sus ciudades, teoría constatada por el influyente Piotr Kropotkin, actualizada recientemente por Sanford Kwinter. Un paso adelante en la evolución de estas ideas, inspirada en el *Common* de nuevas aldeas norteamericanas, defendería la completa integración de lo urbano con lo natural mediante formas diseminadas, lo que se traduciría en el fordismo como modo de producción y en la ideación de diversos asentamientos urbanos y fórmulas de agrupación como *Broadacre* de Frank Lloyd Wright. Frente a la visión plenamente agraria de lo natural, a través de teorías y experiencias como el Jardín Planetario de G. Clément, la heterotopía feliz de Foucault, o las contribuciones únicas de Frederick Law Olmsted y Calvert Vaux con su *Central Park* para Nueva York, cobran forma las ideas de integración de la naturaleza en la ciudad mediante diversas interpretaciones sobre jardines y parques. Sin embargo, no será hasta la formulación utópica de la Ciudad Jardín de E. Howard, bajo la clara influencia del Falansterio de Charles Fourier de final del siglo XIX, el momento en el que el trabajo, industria y residencia se fundan con la naturaleza en un mismo lugar. A partir de aquí, la unión entre ciudad y campo cubre el panorama urbanístico arquitectónico de la época, con importantes experiencias como las ciudades satélites alrededor de Londres de Raymond Unwin, el *Green Belt* de Patrick Abercrombie apoyado sin duda sobre las reflexiones sobre el borde de las ciudades Patrick Geddes y a su vez sobre la antiquísima utopía de Thomas More, dando pie al despliegue de los usos urbanos en el campo de Frank Lloyd Wright, o la innovación americana a través de Clarence Stein y Henry Wright en Radburn. Frente a esta corriente anglosajona, una variante comunista y antagónica mostraba su interés por la negación de la ciudad y el campo como tales, tratando de crear algo nuevo y distinto que podríamos llamar «distribución socialista sobre el territorio», teoría defendida por Ochitovic y Kaganovic (Svetlov & Gornyj, 1970:219) en continuidad con las teorías de Karl Marx y Friedrich Engels. Se encontrará crucial y paradójico ese encuentro de paradigmas urbanos –o antiurbanos– procedentes de las corrientes soviéticas con las coetáneas de Norteamérica, conformando un paisaje común.

Este texto pretende mostrar que en las últimas décadas viene desarrollándose algo similar a lo que ocurrió en la tercera década del siglo XX, una síntesis del encuentro de lo urbano y el campo, en un ‘lugar’ común que constituirá la idea paisaje. Como ejemplos de esto observaremos a Gilles Clément reflexionar sobre los aspectos físicos y espaciales de este grueso límite; a Andres Duany y Elizabeth Plater Zyberk representar soluciones socia-

¹ Mediante la *Ley Homestead Act* de 1862 se «abría gratuitamente las praderas y las llanuras a los pioneros, estableciendo de esta manera una economía y una sociedad de prósperas explotaciones agrarias y pequeños pueblos, y un sistema educativo dedicado a las mejoras técnicas de la agricultura, y de las artes mecánicas» (Hall, 1996:99).

les y físicas a partir de la codificación de la sección urbana o a André Corboz y Giuseppe Dematteis explorar los valores semánticos e informativos de estos conceptos. Los aspectos conclusivos del trabajo se desprenden de aquellas teorías que constatan el paisaje como una utopía explicativa y constructora moral de este límite, para transformar la realidad y educar al ciudadano de forma positiva. Richard Sennet, Hilary Whitehall Putnam, o Stéphane Hessel y Gilles Vanderpooten, lo entenderán como un instrumento sociabilizador y educador, recuperador de valores colectivos y comunitarios, protagonizando espacios de calidad y templanza a la ciudad. A principios del siglo XX y a principios del XXI compartimos una profunda preocupación por los contornos urbanos, como se muestra al aproximarnos a autores como Frederic C. Howe y a los recientes William J. Mitchell o Robert M. Fishman, analistas de los flujos y tendencias más contemporáneas, que evidencian la dificultad de su percepción y disfrute. Finalmente se explorarán las semejanzas que presenta el paisaje con el concepto de utopía, que no dejará de ser una ensoñación que, como dirán Foucault, Alexander o Mumford, será inalcanzable pero a la vez producirá consuelo y necesidad de mejora. Debemos tener en cuenta que el paisaje tiene nombre y autoría; tiene significado, al igual que el territorio. Lo explicará muy claramente Corboz:

El territorio puede expresarse en términos estadísticos (extensión, altitud, temperatura media, producción bruta, etc.), pero no puede quedar reducido a lo meramente cuantitativo. Al ser proyecto, el territorio está semantizado. Es susceptible de discurso. Tiene nombre. Proyecciones de todo tipo se vinculan al mismo, y éstas lo transforman en sujeto. (Corboz, 2004: 28)

Entre el campo y la ciudad. Conformando el límite, fabricando nostalgias y utopías

En 1920 el influyente Piotr Kropotkin aseverará que nunca antes en dos o tres siglos, el hombre había hecho un cambio tan profundo y extendido de su poder sobre las fuerzas de la naturaleza². Realmente esta relación dialéctica que se fabrica entre la naturaleza y lo construido por el hombre va a ser fundamental para comprender las experiencias urbanas, sus límites, sus intensidades, sus dispersiones, y en definitiva van a poder leerse permanentemente los principios o ideales que permanecen inherentes a cada momento. Existirá para Sanford Kwinter una relación casi mecánica y de realimentación y extensión entre arquitectura (extiéndase a otras realizaciones humanas) y su contexto, produciéndose una especie de actualización cibernética entendida ésta como estructura de un sistema regulador. Esta relación, basada en los principios del control y de la regulación, ofrece según Kwinter, una completa ‘teoría del lugar’, que resulta más completa que las lecturas formales ortodoxas que se vienen realizando del entorno construido o del paisaje (Kwinter, 2002). Podremos observar el importante valor que se le ha dado en los últimos cien años al encuentro de lo urbano con la naturaleza, hasta un punto en el que se llega a dudar realmente de la adecuación de los principios por los que las ciudades se han formado. Con esa preocupación Le Corbusier criticará una tendencia que venía proponiendo una importante ruralización de la ciudad, en lo que se vendría a llamar desurbanización soviética con afirmaciones como ésta:

Cómo podéis ver, innumerables puntos de desacuerdo se deducen de la exacta conclusión a la que llegaba y a la que llego todavía: el hombre aspira a la urbanización. Uno de los proyectos de desurbanización de Moscú propone cabañas de paja en el bosque. ¡Espléndida idea! Pero sólo para el *Weekend*. (Le Corbusier, 1970:81)

Con este comentario de Le Corbusier se comprende bastante bien la clara y notoria lucha de opuestos entre concepciones eminentemente diferentes de entender la relación entre

² Kropotkin en *The State: Its Historic Role* describirá que a excepción de la antigua Grecia, nunca se había dado un paso tan grande hacia delante en la construcción de una nueva civilización (citado en Hall, 1996:151).

lo humano y lo natural que se produjo a finales del primer tercio del siglo XX. Esta “necesidad” de prescindir de la ciudad a la hora de constituir lo humano, no será en absoluto nueva con los principios del desurbanismo. Encontraremos referencias cruciales en los ideales de Jefferson, que tenía muy presente un rechazo a la ciudad europea a la que no quería asemejarse, para difundir su convicción de que los Estados Unidos debían prescindir de las ciudades tal y como describiría en su obra *Notes on Virginia* de 1784 (White & White, 1967). Estas ideas de Jefferson tendrán suma importancia en lo que supondrá más adelante el *fordismo* como medio de producción, pero también como utopía a modo de propuesta urbana. Prueba de ello es el texto de Paul Leicester Ford (1904) titulado *Works of Thomas Jefferson*. Esta utopía urbana, que construía la ciudad con los materiales producidos por las industrias Ford, será descrita por Giorgio Ciucci de forma magnífica:

La hipótesis de Ford para Muscle Shoals apunta hacia la formación de una nueva relación entre el Estado y el particular, y va unida a la política de descentralización industrial con vistas a un mayor control obrero y a una regulación de los salarios y del consumo. El obrero queda atado al lugar de trabajo a través de la propiedad de la tierra, que ha de cultivar y de la que debe sacar parte de su sustento; la autosuficiencia de los gastos para vivir determina así una disminución del salario real y un desarrollo de los consumos. (Ciucci, 1975:346)

Se produce así la síntesis entre la agricultura y la industria apoyada en un sometimiento obrero. Es más que probable que Jefferson conociera la ciudad jardín de Azilia en Georgia, propuesta por Robert Mountgomery en el año 1717, en la que se materializa la unión de ciudad y el sueño de jardín. Podemos ver en las intenciones de Jefferson una importante premisa o avance de algunos de los principios del modelo de ciudad que Frank Lloyd Wright propondría en la tercera década del siglo pasado en Broadacre (Wright, 1932;1935;1945). Nos referimos a la idea de una familia por acre de terreno, la intención de diseminar las viviendas en la naturaleza o la idea de descentralización industrial. Estas ideas de completa integración de lo urbano en el campo, mediante su disgregación casi total, ya se pueden observar en las aspiraciones de los creadores de la ciudad de Changán, que intentaban conseguir «hacer del paisaje un cosmos» (Jones, 1992:67). La concepción de la urbanidad en la ciudad colonial del ‘Nuevo Mundo’, en realidad no se encontraba demasiado lejos de esta concepción metafísica en la que lo construido fluye con naturalidad sobre lo natural. Mumford lo describe de la siguiente manera:

El corazón de sus nuevas ciudades y aldeas era el *Common*, es decir, una superficie abierta, con frecuencia mayor que la de la plaza española, donde sus vacas y ovejas podían pastar tranquilamente, bajo las miradas de un funcionario municipal, el *cattle reeve* (magistrado del ganado). Desde un comienzo, los edificios públicos se levantaron alrededor del *Common*: la casa de reunión, el ayuntamiento y después la escuela. (Mumford, 1966:461)

Frente a esta visión eminentemente agraria en plena relación con lo natural se va a ir imponiendo paulatinamente una necesidad de progreso económico basado en configuraciones sociales y productivas más complejas de las que podía proporcionar el *Common* de la ciudad colonial. Sin embargo el compromiso con esa necesidad ancestral de lo natural va a estar acompañando en esa nueva andadura de la ciudad americana. El referente natural de esa nueva ciudad en la naturaleza tendrá su origen en el jardín. El Jardín planetario representará para Gilles Clément el planeta como jardín (Clément, 2007:7). Ese jardín será para Foucault «la parcela más pequeña del mundo» a la vez que es también «la totalidad del mundo, [formando desde la antigüedad] una especie de heterotopía feliz y universalizante» (Foucault, 1997:48). El jardín será también ese recinto cerrado de naturaleza y que rápidamente se convertirá en recinto rodeado por lo urbano pasando a formar el concepto de parque urbano. Explicará Lewis Mumford que el parque fue el inspirador de las nuevas formas urbanas de relación entre lo natural y lo creado por el hombre. Será *Central Park* el prototipo que se convertirá en paradigma del parque urbano, probablemente nunca superado al menos en la cultura anglosajona. Mumford apunta como contribución incomparable

al urbanismo el proyecto del parque que Olmsted y Vaux diseñaron para Nueva York en 1857, especialmente con la creación en libertad —al preceder a la forma urbana— de una red compleja red de circulación segregada y sin obstáculos (Mumford, 1966:649). La incomparable contribución al urbanismo a la que se refiere Mumford es la influencia que ejerció fundamentalmente la idea de trazados jerarquizados a distinto nivel y sin interferencias perjudiciales, especialmente en el modelo de estructura urbana —a modo de *superblock*— que significaría el proyecto del barrio Radburn de Clarence Stein y Henry Wright de 1929.

Las ideas de la ciudad alrededor del parque de *Central Park*, asentadas sobre una tradición jeffersoniana de aspiración al asentamiento natural, servirán sin duda de apoyo a las ideas de Howard. Sin duda el proyecto de ciudad modelo de James Silk Buckingham ejercerá una gran influencia en el diagrama de la Ciudad Jardín, en cuanto que ya anunciaba una plaza central, avenidas radiales y las industrias en la periferia (Hall, 1996:99). Ebenezer Howard plantea la propuesta de su Ciudad Jardín (Howard, 2000) —como medio para reducir la congestión del Londres de finales del siglo XIX— y la publica en 1898 en primera instancia con el título *To-morrow. A Peaceful Path to Real Reform*, la cual reeditaría poco tiempo después (en 1902) con el de *Garden Cities of Tomorrow*. Dirá Emrys Jones (1992:224) sobre las intenciones de Howard: «Howard quiso que la vida social civilizada de la ciudad se combinase con algunos de los atributos físicos de la campiña. La progresión en la Biblia va desde un jardín hasta una nueva Jerusalén. En la Nueva Jerusalén de Howard cada casa tendría su propio jardín». Lewis Mumford explicará —y lo hace de primera mano— que Howard recibe otras influencias como por ejemplo la de Kropotkin y la de escritores utópicos como Thomas Spence (Mumford, 1966:680). Piotr Kropotkin le proporcionará una crítica de la organización económica y social del capitalismo, y una aproximación a su propuesta de un sistema alternativo basado en la descentralización, trabajo no alienante y libre cooperación. Esta visión eminentemente fundada en el anarquismo se plasmará en la obra *Campos, Fábricas y Talleres* (Kropotkin, 1972), que simultaneará su aparición con *To-morrow*. Realmente lo que la hace singular y conforma la auténtica utopía de las Ciudades Jardín es el llevar el trabajo y la industria a las ciudades, y hacerlo en comunidad con la naturaleza.

Otra influencia que podemos encontrar en la concepción de la ciudad jardín es el Falansterio de Charles Fourier propuesto en 1822 en su *Teoría de la unidad universal*. Los falansterios son comunidades autosuficientes que se plantean como oposición a la ciudad tradicional y a la distribución anárquica en aldeas en el campo sin ninguna organización concreta absorbiendo a su vez gran cantidad de ciudadanos. La propuesta de Fourier se basa especialmente en una transformación social —aunque también espacial— mediante una organización que prima la productividad y los valores personales frente a los tradicionales fundamentados en la familia, considerada de insuficiente amplitud y complejidad para resolver las necesidades de la comunidad. El falansterio nunca debería superar los 1.600 habitantes, disponiendo de tierras para la agricultura y toda una serie de actividades económicas, alojándose los aldeanos en una residencia comunitaria (Fourier, 2008). Esta idea de autosuficiencia es la que entendemos que pudo inspirar de algún modo la concepción funcional de las ciudades jardín. Se realizaron muy pocos falansterios al igual que se ejecutaron muy pocas ciudades jardín propiamente dichas, el resto de realizaciones fueron inspiradas por Raymond Unwin con su propuesta de ciudades satélite basadas en la ciudad jardín, pero con una relación de dependencia importante con la ciudad principal y que a la vez sería la que la nutre de industria y empleo. En cualquier caso esos primeros ejemplos de ciudades tuvieron éxito notable, posibilitando que la comisión parlamentaria presidida por sir Anthony Montague Barlow recomendara la descentralización industrial y la creación sistemática de ciudades jardín como remedio para la congestión creciente en Londres propugnando la *New Towns Act* (1946), por la que se proyectaba un anillo de villas nuevas alrededor de Londres y otras regiones de Inglaterra (Mumford, 1966:689).

Una de las lecciones mejor aprendidas de la experiencia de la Ciudad Jardín es la capacidad de los cinturones verdes de contener el crecimiento de la ciudad y de conformar adecuadamente un límite y una fachada urbana en las inmediaciones del medio rural. Surge del propio Howard la idea de cinturón verde agrícola como límite que Mumford nombraría como «muralla» y que serviría para «conservar el medio rural», para impedir la localización de otros establecimientos humanos y para «acentuar el sentido de unidad interna» (Mumford, 1966:681). Encontraremos una referencia magnífica de estos cinturones o franjas verdes en la literatura clásica. Nos referimos la obra cumbre de Thomas More (1985), *Utopía*. El propio Lewis Mumford conoce bien esta obra —origen del término utopía, y a la vez cumbre del propio género de literatura ‘utópica’ que inaugura—, explicando en su obra *La ciudad en la Historia* aquellas formas urbanas y de vida —casi de ciudad jardín— propuestas por More:

La propia Amaurote, la capital, tiene un trazado cuadrangular, está situada junto a un río con marea, como Londres, para que entren las embarcaciones que vienen del mar. Las calles, con 6 metros de ancho, «están bien trazadas, tanto para el tránsito como para evitar los vientos», y cada casa tiene puerta de calle y puerta de jardín; a decir verdad, la dedicación de los habitantes de la ciudad a la jardinería «es acrecentada no sólo por placer que les proporciona sino también por la aguda competencia entre las calles para tener los jardines mejor cuidados». Este cinturón verde en el exterior y esta espaciosidad en el interior son reforzados por dos años de vida en el campo, obligatorios por ley para todos los habitantes. De este modo se asegura More su ciudad jardín, educando ciudadanos jardineros. (Mumford, 1966:455)

Podemos observar en este mismo párrafo una interesante relación entre la forma de vida en Utopía y la que sería la forma de vida de la utopía comunista; donde todo el mundo cultivará el campo, evitando la especialización excesiva del trabajo. Igualmente es posible observar que en la definición de Amaurote se vislumbra la forma de un modelo urbano que siglos después sería fundamental para el urbanismo moderno. Nos referimos al modelo en el que la vía rodada queda en un extremo de la casa y el jardín o franja de espacio público peatonal en el otro. Una de las innovaciones del barrio creado en 1929 de Radburn (Stein & Wright, 1973) será precisamente esa capacidad de mediación entre lo eminentemente urbano y el medio más natural o puramente paisajístico. Estas franjas de naturaleza como límite entre lo urbano y lo que no lo es, serán presentadas por Patrick Geddes, que casi de forma visionaria allá por el año 1915, ya auguraba la importancia que tendrían en los bordes de las ciudades. Teniendo en cuenta que «los niños, las mujeres, los trabajadores de la ciudad raramente pueden ir al campo [el objetivo sería pues traérselo:] hagamos que el campo conquiste la calle, no sólo que la calle conquiste al campo» (Geddes, 2009:212). Geddes hará hincapié también en la capacidad de contención de los espacios libres, así como la necesidad de acometer de forma prioritaria su reserva (Geddes, 2009:111). Uno de los ejemplos más valiosos y conocidos del concepto de cinturón verde lo tendremos en el Plan del Gran Londres de Patrick Abercrombie de 1944, en el que se establece toda una serie de anillos para la ciudad territorio de Londres, siendo uno de ellos el cinturón verde que trata de servir a modo de contención de los desarrollos urbanos, a la vez que conforma un lugar singular próximo a la *City* (Evans, 1972). Resulta curioso como Abercrombie, probablemente pensando en su *Green Belt* para Londres, se interesa por lo que ocurre en los tableros americanos cuando señala: «el sistema wrightiano solo es apropiado para vastos espacios abiertos como los de Arizona» (Collins, 1963:55-75). Evidentemente parece que a Abercrombie le resultó tentadora la aplicación de la utopía de *Broadacre* (Wright, 1935) cuando realiza su trabajo en los paisajes intermedios entre ciudad y campo de la región londinense.

Se puede observar que en el primer tercio del siglo XX, una de las cuestiones prioritarias de la disciplina urbanística será justamente la discusión sobre los límites de lo urbano y que en sus diferentes fórmulas permanecerá, irresoluble, hasta nuestros días. Resumirá magníficamente el problema, de forma literaria, Calvino (2010: 48): «¿Pero entonces, por

qué la ciudad? ¿Qué línea separa el dentro del fuera, el estruendo de las ruedas del aullido de los lobos?». El propio Patrick Geddes en 1915, en un contexto tal que le hace afirmar que «el infierno es una ciudad que se parece mucho a Londres» (Geddes, 2009:199), advirtiendo la importancia de actualizar la forma con la que la ciudad se encuentra con el campo, revisando profundamente las ideas que hay tras tales fronteras (Geddes, 2009:102). Debemos todavía hoy plantearnos esta cuestión, ya que la realidad nos dice que la advertencia de Geddes está de actualidad más que nunca. Ya en 1935 se fundirá la cuestión sobre la tierra con los problemas sociales derivados de la pobreza, cuando Rexford Guy Tugwell fuerza a Roosevelt a crear la *Dirección de Colonización*³ con la intención, al menos teórica, de «salir de la ciudad, comprar suelo barato, construir una comunidad completa, y llevar a la gente allí. Después, pretendía volver a la ciudad, demoler esos barrios pobres y convertirlos en parques» (Hall, 1996:138). De forma muy reciente se desarrollará por parte de Duany & Zyberk (2003) el código urbano u ordenanza titulado *SmartCode 9.2* que vendrá a construir todo un discurso sobre la fórmula adecuada de transición entre lo urbano y el campo. Se definirá el límite mediante la sección urbana que va desde la naturaleza hasta el centro mismo de la ciudad. Por su parte Gilles Clément trata de describir en su *Manifiesto del Tercer paisaje* cómo deben ser los límites y cómo se deben materializar: considerándolo como grosor y no como trozo, como territorio de investigación e integrando la imprecisión como su forma de representación (Clément, 2007:62). Resultan más que sugerentes estas afirmaciones, ya que Clément intenta forjar una herramienta capaz de articular una relación con la incertidumbre que es propia y característica de estos entornos ambiguos, mediante la representación del límite mediante un grosor del paisaje, que muestra a ese territorio incierto como lo que es, vacilante e impreciso. Probablemente éste sea tan solo el primer paso para un cambio de actitud que permita operar de forma natural con las incertidumbres de los espacios de transición. Esa idea de paisaje abre el discurso mediante la incorporación de conceptos que le son intrínsecos, como son la complejidad y la diversidad. Si deseamos que la disciplina urbanística interaccione con el concepto de paisaje deberíamos transformar y actualizar los útiles y herramientas que utilizamos para que se relacionen con estos conceptos que han sido olvidados y a veces denostados por la tradición.

El límite como control del tamaño

Cuando se reflexiona en los límites de lo urbano surge la necesidad de pensar en el tamaño y proporciones de cada una de las partes y la totalidad de la ciudad. Toda ciudad —dirá Howard—, todo órgano de la comunidad e incluso toda asociación y organización, tiene un límite de crecimiento físico, cuyo corolario es que «cualquier plan para superar ese límite debe transponerse en una forma espiritualizada» (Mumford, 1966:692). Recuerda esa afirmación a la de Aristóteles, en la que decía que todo tiene un tamaño máximo, como si fuera ese tamaño inherente a la propia naturaleza del propio sujeto. Y parece que tendemos a utilizar, llenar y alcanzar siempre tales límites de igual modo que «el trabajo se expande hasta ocupar todo el tiempo disponible para su realización» como dice la *Ley Parkinson* elaborada por Cyril Northcote Parkinson en 1957 (Parkinson, 1961:15). No parece improbable que algo parecido pueda ocurrir con otros ámbitos de la realidad, como ocurre con la información. Sería esta una justificación algo laxa de la dispersión o de la ocupación de suelo indiscriminada, confirmándose de forma casi general salvo cuando existan cuestiones de importancia que así lo impidan. Estas circunstancias de abuso del tamaño, concretamente de determinadas ciudades americanas, provocan que ya a mediados de siglo

³ Describe Peter Hall (1996:138) que la primera idea de Roosevelt era iniciar la vuelta a la tierra, y gracias a la influencia de Rexford Guy Tugwell, que le convenció de que esa estrategia por sí sola no llevaba a «ningún sitio», se crearía en 1935 la Dirección de Colonización, que uniría «el tema de la tierra y el problema de la pobreza» (Myhra, 1974:178,181).

XX se enciendan ciertas alarmas: «me atrevo a predecir que ésa será la causa de su muerte, a menos que, aun sometida a la voluntad de la mayoría nacional, sea independiente del pueblo de las ciudades y pueda reprimir sus excesos» (Tocqueville, 2003:559).

En relación a ese tamaño capaz de preservar ciertos valores urbanos, el propio Howard descubre que la manera de hacer frente esa congestión inherente de la gran urbe consistía en descentralizar todas las funciones de la ciudad y no simplemente extender las zonas residenciales, rechazando de este modo el suburbio para procurar obtener de esa manera el encuentro feliz entre la ciudad y el campo (Howard, 1902). Al igual que Howard, Frank Lloyd Wright habla de la unión ciudad-campo mediante el despliegue en medio de tierra agrícola de todos los usos —casa, fábricas, escuelas...—, integrándose en todos los estamentos de la sociedad, desde la familia a los órdenes económicos (Johnson, 1930). En este sentido tenemos un coetáneo a Howard, Elysée Reclus, que pudo tener cierta influencia en Howard, oponiéndose a él, al igual que la tuvo claramente sobre Geddes, ya que fue quien postuló originalmente la ‘evolución de las ciudades’ ya en 1895, en la que defendía la extensión de las ciudades existentes con bajas densidades y asumiendo una continuidad con las actividades industriales y agrícolas (Cohen, 2000:288). En este último sentido asimismo Reclus pudo ejercer cierto influjo y servir de inspiración sobre el propio Wright. No será casual la aversión y «antihistoricismo» wrightiano —dirá Bruno Zevi—, que consideraba el modelo de ciudad jardín como modelo de pueblo medieval totalmente absurdo en el continente americano (Zevi, 1985:17). Nadie mejor que el propio Edgar Kaufmann, joven aprendiz de Wright, para describir su visión de lo humano en relación con lo natural, es decir su visión de «arquitectura orgánica», de entendimiento de la vida humana como un proceso natural en la que: «arquitectura, humanidad y naturaleza se unían en una gran continuidad dinámica, indicando esta continuidad dentro de la arquitectura donde las personas se alineaban —como él pensaba— junto con las fuerzas naturales de la vida»⁴.

La utopía ciudad-paisaje. El sueño del modo de vida ideal

Podemos encontrar, paradójicamente, grandes parecidos entre la utopía de la ciudad-paisaje americana, inspirada inicialmente por Jefferson, y la ciudad paisaje comunista, argumentada por Karl Marx y Friedrich Engels. Por un lado, Marx dirá que: «la contradicción entre ciudad y campo es la expresión más vulgar de la sumisión de la personalidad a la división del trabajo que transforma al individuo y lo reduce al estado de animal urbano en un caso y de animal rural en el otro»⁵.

Por otro lado, Engels se referirá a la posibilidad de la unión de la ciudad y el campo de la siguiente manera:

La supresión del antagonismo entre ciudad y campo no sólo es posible, sino que se ha convertido en una urgente necesidad de la misma producción industrial, así como a su vez se ha convertido en una necesidad de la producción agrícola y además de la higiene pública. Sólo con la fusión de ciudad y campo puede eliminarse el actual envenenamiento de agua, aire y suelo, sólo con esta fusión, las masas que hoy agonizan en las ciudades serán puestas en unas condiciones en las que sus desechos puedan utilizarse para producir plantas y no enfermedades⁶.

Este modo de interrelación ha sido actualizado décadas después, mostrando su actual vigencia, por Kisho Kurokawa a modo de filosofía de la simbiosis hombre y naturaleza y que dará título a una de sus publicaciones. Este autor en *Intercultural Architecture. Philo-*

⁴ Edgar Kaufmann, citado en De Long (2000:17).

⁵ Karl Marx, citado en Ginzburg (1970:85).

⁶ Friedrich Engels, citado en Strumilin (1970:127).

sophy of Symbiosis realiza un intento de confluencia entre las culturas oriental y occidental, entre arquitectura y urbanismo, futuro y pasado, lo antiguo y lo moderno, lo grande y lo pequeño y entre tecnología y ecología (Kurokawa, 1991). Será Ciucci quien apoyándose en la *Broadacre* de Wright defina excepcionalmente la utopía de ciudad paisaje o según se mire del paisaje-ciudad de la que estamos hablando, en la que la ciudad será algo puntualmente utilizada, para pasar a vivir la mayor parte del tiempo, incluso disolviéndose gradualmente sus límites, absorbiendo el campo la vida de la ciudad, dejando en el futuro de ser necesaria la concentración de masas por ningún motivo, para afirmar que «el ruralismo, como forma distinta del urbanismo, es americano y verdaderamente democrático», respaldándose con las ideas propias del fordismo (Ciucci, 1975:347).

Frente a esta utopía o sueño de integración de la ciudad y el campo como la misma sustancia, podemos encontrar propuestas que plantean algo parecido a su «antiutopía», el interés de la negación de la ciudad y el campo, se trata de crear algo nuevo y totalmente diferente a cualquiera de las dos realidades. Los socialistas tendrán su propia visión de la cuestión; Ochitovic plantea que a lo largo de los dos lados de una gran arteria de tráfico desarrollada a lo largo de decenas de kilómetros, cada 50-100 metros, se construyan pequeños apartamentos estandarizados, transportables, con una sola estancia, de uso unipersonal, bajo los cuales se aparcen los vehículos privados. Esta organización del espacio fue definida por el propio Ochitovic como «distribución socialista sobre el territorio». «La distribución socialista sobre el territorio no es ni ciudad ni campo» (Svetlov & Gorniy, 1970:221), o como diría Kaganovic: «nos proponemos eliminar la contraposición entre ciudad y campo no en base a la supresión de la ciudad, sino basándonos en su mutación y en la transformación socialista del campo, tendente a conducirlo al nivel cultural, más avanzado, de la ciudad» (Svetlov & Gorniy, 1970:215).

Se puede observar la notable subjetividad de cada autor en la concepción de lo urbano y lo rural. Es preciso tener en consideración que la misma heredará rasgos de la personalidad de cada interlocutor, siendo este aspecto un ejemplo de la vitalidad del imaginario paisajístico de la última centuria. La década de los 30 del siglo XX será un momento clave en el que confluyen las más diversas culturas en la necesidad de un planteamiento inédito y común, la reformulación de esta relación entre el campo y la ciudad. En la Unión Soviética se asume como propia la misión por primera vez en la historia, de:

[L]a destrucción del concepto de ciudad y el concepto de campo; la realización de la idea de Marx, de Engels, de Lenin; la anulación del abismo existente entre ciudad (densidad excesiva) y campo (envilecimiento, aislamiento) y en lugar de este abismo la construcción de nuevas formas de distribución de la población, comunes para todos, iguales para todos. (Pasternak, 1970:65)

Por su lado, en Norteamérica, la ya citada *Broadacre* se presenta como posible modelo de la ciudad del futuro, no ya por Wright que en ciertas ocasiones llega a mostrarse preocupado por la repercusión que estaba teniendo su ciudad como modelo a reproducir en cualquier lugar. Wright propone según Bruno Zevi, una ‘ciudad territorio’ que integra los medios de comunicación modernos (Zevi, 1985:17). Pero también la podríamos llamar *ciudad-paisaje* integrándose en tal concepto las variables y visiones personales e íntimas del autor. Se observarán muestras de disfunción en las aspiraciones que se planteaban; había entre los ideólogos socialistas bastante indecisión y hasta desacuerdo en relación a las soluciones planteadas, no existía consenso entre si la solución era llevar al obrero al campo, o si era mejor trasladar al campesino a una «agrociedad» (Ceccarelli, 1970:38). En el otro extremo Frank Lloyd Wright parece que duda —eso sí, bastantes años más tarde— de *Broadacre*, su utopía orgánica, cuando plantea el *Proyecto de la Isla Ellis* de Nueva York; parece en ella como si la naturaleza se inyectara sobre un proyecto que actúa totalmente al margen de ningún elemento preexistente. Parece que aquí aspira a una arquitectura que puede ser

generalizable a cualquier lugar, sin especial consideración a ningún elemento de aquellas naturalezas con las que interaccionaba *Broadacre*.

Todas estas ideas que plantean la ‘urbanidad’ como oposición a la ciudad y al campo tal y como se conocía, probablemente tuvieron como primer antecedente un desarrollo de modo suburbial. Surgieron como un método para sobreponerse a las condiciones anti-higiénicas de la ciudad antigua «Gran Ur» donde existen pruebas de desarrollos suburbanos alejados hasta seis kilómetros de la ciudad principal y que sirvieron de morada para la vigilancia de las cosechas a la vez que «refresca el alma» (Mumford, 1966:641). Según Robert Fishman aquel suburbio que surgió «para aislar a las mujeres y a la familia de la vida urbana [y que significó, paradójicamente, un] fortalecimiento de los servicios especializados en el centro [, hoy] llega a su fin», debido a que la oferta que se realiza desde los centros tradicionales apenas mejora o amplía la oferta a la que puede acceder desde sus casas (Fishman, 2004:36-46). El autor explicará que aquel suburbio que «mantuvo vivo el ideal de un equilibrio entre hombre y naturaleza en una sociedad que parecía destinada a destruirlo», hoy tiende a convertirse en «tecnoburbio», donde el centro de la vida no es «ni urbano, ni rural», quedando definidos sus límites «por los emplazamientos que los habitantes pueden alcanzar cómodamente en sus coches» (Fishman, 2004: 37, 46), como una extensión cibernética entre el hombre y la máquina. Ya a principios del siglo pasado, los asentamientos suburbanos se llegaron a considerar realmente —por algunos autores— como un objetivo, casi utópico, pero capaces de proporcionar esperanza al ciudadano:

Los campos libres alrededor de las ciudades invitan a la construcción y será allí, seguramente, donde surgirán las casas del futuro. La ciudad, como tal, no será el lugar definitivo de residencia de la gente. La población estará dispersa. Las grandes ciudades de Australia se desparraman maravillosamente por la periferia. A su alrededor, durante millas, hay anchas calles, con pequeñas casas, jardines y la oportunidad de un contacto con la vida, más libre y más dulce, que el campo ofrece. (Howe, 1905:204)

Los últimos años del siglo XIX y primer tercio del XX fue un tiempo de maduración de ideales de encuentro de la ciudad con el campo, simultaneándose sorprendentemente la utopía desurbanista socialista con la utopía norteamericana, culminada con *Broadacre*. El propio Lenin llegó a expresar sus deseos de creación de un nuevo asentamiento de la humanidad con la eliminación del aislamiento rural, sustituyendo la concentración antinatural de las enormes muchedumbres de las grandes ciudades (Ginzburg, 1970:84). Fueron unas décadas de re-formulaciones continuadas. Como diría Raymond Williams en 1973, «el contraste entre el campo y la ciudad es una de las principales formas que tenemos de tomar conciencia de una parte central de nuestra experiencia y de la crisis de nuestra sociedad» (Williams, 2001:357). La política se integra en la construcción del ideario colectivo que conlleva el paisaje y los modos de vida ligado a éste.

El paisaje como síntesis y lugar común de la sociedad actual

No podemos dejar de aportar un concepto, ciertamente contemporáneo, que abre algunas vías de trabajo en la comprensión de la intervención del hombre en el paisaje: esta es la idea de residuo que nos aporta Clément en *El Manifiesto del Tercer Paisaje*. Según el propio Clément éste se basa en la idea de que los «espacios indecisos, desprovistos de función» presentan «una cosa en común: todos ellos constituyen un territorio de refugio para la diversidad» (Clément, 2007:9-10). Afirma que toda operación de ordenación del territorio, con independencia de su eficiencia técnica y de la forma de ocupación del suelo, genera espacios residuales que quedan a la espera de un futuro uso (Clément, 2007:73). Describe de la siguiente manera tres tipos de ‘tercer paisaje’:

En primer lugar el espacio abandonado, que proviene de un suelo antiguamente explotado. Su origen es múltiple: agrícola, industrial, urbano, turístico, etc. Abandonado y baldío son

sinónimos. En segundo lugar existe la reserva, un lugar que nunca ha sido explotado. Su existencia se debe al azar o a la dificultad de acceso que hace que su explotación sea imposible o costosa. Finalmente, el conjunto primario, espacio aislado que no ha sido nunca explotado, protegido por ley. (Clément, 2010:51)

Clément concluirá que una hipotética fase última de antropización planetaria provocaría la «total desaparición de los medios primarios y a la generación de los medios secundarios, [produciéndose en ese estado una situación en la que podríamos decir que] el planeta puede ser asimilado a un inmenso residuo que funciona a partir de un número reducido de especies en equilibrio con la actividad humana» (Clément, 2007:23).

Un aspecto fundamental que es preciso tener en cuenta es la procedencia del concepto paisaje. Giuseppe Dematteis nos recordará que Henri Lefebvre describía que la ciudad no era más que la sociedad trazada en el suelo, para apuntar *En la encrucijada de la territorialidad urbana* que la propia «sociedad es la idealización de lo que pasa con el territorio» (Dematteis, 2004:172). Por otro lado describía Corboz que «el territorio, sobrecargado como está de huellas y lecturas pasadas, se parece más a un palimpsesto [y no] un embalaje perdido ni un producto de consumo que se pueda reemplazar» (Corboz, 2004:34). Esta condición semántica del territorio se aproxima a la condición de «urbanidad civilizada» que introduce Mitchell como caracterizadora de la ciudad del siglo XXI y que se basa menos en la acumulación de objetos, centralidad geográfica y más en el flujo de información y conectividad electrónica (Mitchell, 2001:164). El paisaje, o mejor dicho los paisajes, responderán de algún modo a ese flujo e incluso acumulación de información propios de esa urbanidad del nuevo siglo. El paisaje sitúa a la gente con un papel activo y prioritario. Esa gente que comparte espacio con los procesos y que juntos conforman un «plano habitado del modo más eficaz» (Koolhaas, 2004:80). Para Pablo Ocampo la ciudad será fundamentalmente acción y su espacialidad será paisaje (Ocampo, 2001). El concepto de paisaje —al modelarse también desde los aspectos territoriales— heredará muchas de estas consideraciones realizadas sobre el territorio. Servirá de ruptura ante una situación de extravío; decía Hessel que «la peor actitud es la indiferencia» (Hessel, 2011:31), la construcción de la idea de paisaje permite escapar de un cuerpo adormilado, mediante «un medicamento fuerte, una dosis “de choque”, y esto es la utopía» (Quaroni, 1970:42). Casi remota, pero importante es la atribución de Frederick Law Olmsted, de la capacidad de los entornos urbanos de calidad, parques, lugares de juego o las propias ciudades jardín, de crear «una influencia armonizadora y de refinamiento que favorecerían la cortesía, el autocontrol y la templanza» (Hall, 1996:52). De este modo, el paisaje tiene una capacidad de ser ensoñado y a la vez presenta una misión educadora y de construcción de ciudadanos sensibles a él. Son lugares necesarios, hoy más que nunca.

Parece que el concepto común de paisaje se construye mediante algo parecido a un «proceso de acoplamiento informativo» descrito por McLuhan o Teilhard de Chardin (Dery, 1998:55), mediante el cual se suman y se construyen las diferentes concepciones o ideas particulares y personales que se tienen sobre el mismo. Así, aquellas consideraciones formulativas sobre el paisaje, como por ejemplo, del tipo: debemos «respetar por igual los derechos de las personas y los de la naturaleza» para llegar a conformar no tanto el «mejor de los mundos», sino un mundo viable» (Hessel & Vanderpooten, 2011:12, 72), surgen de la construcción solidaria, colectiva y aditiva de múltiples consideraciones, múltiples visiones que han dejado un poso en la conciencia individual y colectiva. Probablemente podríamos afirmar —como decía Hilary Whitehall Putnam— que las ideas no están en la cabeza; es decir, la idea de paisaje se extrae firmemente de la realidad, virtualizada, llena de virtud, llena de cualidades y contenidos. Se trata realmente de un proceso de ‘eterealización’ que implica una simplificación de la realidad y traslación a un plano incluso espiritual para quedar disponible para el ulterior desarrollo humano (Toynbee, 1934).

El repertorio de imágenes que construye el paisaje ha cambiado en los dos últimos siglos de forma drástica. La técnica ha entrado y ha adoptado un protagonismo crucial en la forma de entender la movilidad y los propios territorios, y con ese cambio la concepción entre lo que tradicionalmente ha sido considerado como medio natural y lo urbano se ha visto sometida a profundas revisiones y con ella la propia consideración del paisaje. El paisaje se vendrá a conformar como algo comunitario y educativo, siendo la ciudad el lugar por antonomasia donde aprender a compartir, espacio e ideas. El paisaje va a tomar un valor crítico en cuanto que es una representación de la realidad, pero difícil de asir, ya que aunque tenga dosis de objetividad, no está demasiado lejos de un «fantasma». Dirá André Corboz que lo que cuenta del paisaje es «el valor que se atribuye a su configuración» (Corboz, 2004:32), siendo éste eminentemente «cultural». Prueba de ello es la definición —ejemplo de participación colectiva— adoptado por el Convenio Europeo del Paisaje, entendiéndose por paisaje: «cualquier parte del territorio tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos» (Consejo de Europa, 2000). La ciudad para Sennett tiene la virtud de provocar que la gente aprenda a vivir con extraños, a la vez que le enseña a vivir consigo mismo. Esa ciudad que provoca que «los ciudadanos aprendan a introducirse en las experiencias e intereses de vidas ajenas» (Sennett, 2001:214), igualmente será un marco en el que pueden compartir las múltiples imágenes y representaciones de la realidad, como son las que encierra el concepto de paisaje. Esta socialización del concepto de paisaje conllevará en paralelo una sociabilización —entendemos que siempre positiva— de los colectivos que tratan de actuar de forma conjunta (Sennett, 2011:25). En cualquier caso aunque se construya un concepto diferenciado e identitario del paisaje, siempre se producirá el reconocimiento del otro: «No hay identidad sin la presencia de los otros. No hay identidad sin alteridad» (Augé, 2005). El paisaje hoy tiene esa capacidad de retener la suma del imaginario colectivo y concentrarse como «lugar común» de la sociedad.

Pero llegados aquí será crucial entender quiénes crean el paisaje, ¿o acaso no son los mismos que los creadores de la dialéctica entre campo-ciudad? Explicará Corboz la necesidad de desmontar y eliminar tal antagonismo:

Eliminar, pero no resolver: por desplazamiento del enunciado. Ya que esta oposición es tan falsa como la que concebiría una isla como limitada por las aguas y rodeada por ellas: pensamiento de gente de tierra adentro que carece de sentido para los pescadores, cuyo incesante ir y venir entre la tierra y el mar desdibuja los umbrales entre los elementos para crear a partir de dos dominios aparentemente incompatibles una necesaria unidad. El antagonismo entre campo y ciudad, que ha paralizado durante tanto tiempo el territorio, es también, ante todo, una noción urbana. Se presenta, como la precedente, con la evidencia de una figura inscrita sobre su fondo. (Corboz, 2004:26)

En las palabras de Corboz se puede leer que son aquellos que ven al campo desde fuera los que “fabrican” una lucha entre lo urbano y lo que no lo es, podríamos decir que entre lo que es paisaje y lo que no. Es el emigrante el que construye el paisaje. Aquel que mira desde la ciudad añorando otras realidades soñadas e ideales. Será muy distinta a la mirada del residente, del que vive ‘en’ y ‘con’ el campo. Seguramente sus añoranzas son otras y sus paisajes, si existen, también serán otros, muy distintos a los del emigrante. Aquel “amado” agricultor de Jefferson engalanado como «baluarte de la democracia» (White & White, 1967: 21), percibe —con gran probabilidad— el paisaje del propio Jefferson como algo ajeno y alejado de su propia realidad e identidad. Pero atención, advertirá el propio Corboz que, efectivamente, la oposición entre ciudad y campo está desapareciendo, pero «debido al triunfo de la ciudad» (Corboz, 2004:26). Sin duda el concepto de paisaje ejerce de contrapeso ante esa realidad, digamos ejerce una acción necesaria que trata de compensar el protagonismo de lo urbano en detrimento del ‘afuera’. Concluirá Raymond Williams su monografía sobre *El Campo y la Ciudad*, que la única manera de «superar esa división

es negarnos a ser divididos», es su decisión personal tras la que propone trasladarla a una acción social (Williams, 2001:376).

No se trata tanto de descubrir cuánto de real es el propio paisaje, sino de observar su capacidad para transformar la propia realidad al hacer deseables sus imágenes. Ese es el verdadero poder e interés del paisaje compartiendo espacio con sus hermanas las utopías. Las utopías, dirá Foucault, son «espacios fundamental y esencialmente irreales, [...] emplazamientos sin lugar real» (Foucault, 1997:5). El paisaje, casi fantasma, surge de un lugar, de unos emplazamientos para ensoñar unas imágenes que se convierten en protagonistas en sí mismas. William Mitchell finaliza su obra *E-topía: "Vida urbana, Jim; pero no la que nosotros conocemos"* diciendo: «Pero el poder del lugar físico seguirá prevaleciendo [...] nos veremos atraídos por lugares que ofrezcan un atractivo especial» (Mitchell, 2001:164). A pesar del peso y del valor que actualmente se atribuye a lo virtual, debemos tener en consideración que aquellos lugares reales, aquellas imágenes que realmente puedan ser consideradas singulares, seguirán representando una parte importante del imaginario personal y colectivo. Simultáneamente habrá que estar alerta, ya que debido a la gran movilidad y acceso a «las culturas nacional e internacionales, el apego al lugar de residencia va a declinar de manera espectacular, [incluso llegando el propio Webber a anunciar] la defunción funcional de la ciudad» (Webber, 2004:17) por este motivo.

Operar desde la utopía no debería resultar un problema o dificultad insalvable: «los arquitectos están acostumbrados a crear utopías idealistas completamente insensatas. Las utopías generalmente tienen muy poco significado y es muy difícil que lleguen a concretarse [...] Son sueños personales sin vinculación con la realidad» (Alexander, 1971:109). Por otro lado, generan «tensión positiva [y] obligación de ser constantemente proyecto de mejora» (Pavia, 2004:114) y además las utopías «consuelan: porque aunque no tengan lugar real, se despliegan, sin embargo en un espacio maravilloso y liso» (Foucault, 1997:5). Hemos observado cómo, alimentadas por autores fundamentales como son Jefferson, Fourier, Olmsted, Kropotkin, Howard, Ford o Geddes, en la década de los años 30 del siglo pasado emergen corrientes convergentes desde la Unión Soviética y desde Norteamérica, en la fundamentación, y radicalización, desde la política, de unas utopías refundadoras sobre el papel de los límites de lo urbano en la definición de las formas de vida ideales de la sociedad. Asimismo se ha expuesto como en la actualidad, mediante un recorrido a lo largo de las últimas décadas, emerge un renacer del interés sobre tales bordes urbanos, constructores del concepto de paisaje. Éste se conformará como suma e imaginario colectivo, lugar común de todos, desde donde elaborar la nueva utopía ciudad-campo. Su creación requiere un esfuerzo, posible únicamente cuando se dan las condiciones socio-políticas adecuadas. Si hay indiferencia, no hay idea de paisaje. El paisaje surge en momentos activos, momentos de creatividad en los que se reformulan las preguntas, en los que se construyen las utopías como medicamento necesario. Se trata pues de un paisaje útil, educador y reconfortante.

Referencias

- ALEXANDER, Christopher (1971) "Los átomos de la estructura del medio ambiente". En: Alexander, Christopher, *La estructura del medio ambiente*, Barcelona: Tusquets [edición original (1968) *The Atoms of Environmental Structure*, London: Ministry of Public Building and Works].
- AUGÉ, Marc (2005) "Reflexiones del antropólogo Marc Augé sobre la identidad y la tecnología", disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/714868-marc-auge-hay-que-amar-la-tecnologia-y-saber-controlarla>. Acceso enero 2013.
- BOZAL, Valeriano (1999) "Prólogo". En: Blumenberg, Hans, *Las realidades en las que vivimos*, Barcelona: Paidós.
- CALVINO, Italo (2010) *Las ciudades invisibles*, Madrid: Siruela [edición original (1972) *Le città invisibili*, Torino:Einaudi].

- CECCARELLI, Paolo (1970) *La construcción de la ciudad soviética*, Barcelona: Gustavo Gili [edición original (1970) *La costruzione della città sovietica*, Pavoda: Marsilio].
- CIUCCI, Giorgio (1975) “La ciudad en la ideología agraria y Frank Lloyd Wright. Orígenes y desarrollo de Broadacre”. En: Ciucci, Giorgio.; Dal Co, Francesco; MANIERI-ELIA, Marco & Tafuri, Manfredo (eds.) *La ciudad americana: de la guerra civil al New Deal*, Barcelona: Gustavo Gili].
- CLÉMENT, Gilles (2007) *Manifiesto del Tercer paisaje*, Barcelona: Gustavo Gili [edición original (2004) *Manifeste du Tiers paysage*, Paris: Sujet/Objet].
- (2010) “Trabajar con (y nunca en contra de) la naturaleza”. En: GARCÍA GERMÁN, J. (ed.) *De lo dinámico a lo termodinámico. Por una definición energética de la arquitectura y del territorio*, Barcelona: Gustavo Gili [edición original (2006) “Faire avec (et jamais contre) la nature”. En: Borasi, Giovanna (ed.), *Environ(ne)ment. Manières d’agir pour demain/Approaches for tomorrow*, Montreal-Milán: Canadian Centre for Architecture/Skira].
- COHEN, Jean Louis (2000) “Sobre las ideas de Wright acerca del urbanismo del siglo veinte y su reflejo en Europa”. En: De Long, David G. (ed.) *Frank Lloyd Wright y la ciudad viviente*, Weil: Vitra Design Museum.
- COLLINS, George R. (1963) *Broadacre City Wright’s Utopia Reconsidered. Four Great Makers of Modern Architecture: Gropius, Le Corbusier, Mies van der Rohe, Wright*, New York: Columbia University Press.
- CONSEJO DE EUROPA (2000) *Convenio Europeo del Paisaje*, firmado en Florencia el 20 de octubre de 2000 [edición castellana: BOE 31, de 5 de febrero de 2008, disponible en: http://otv.jccm.es/uploads/tx_cotv/Convenio_Europeo_Paisaje.pdf].
- CORBOZ, André (2004) “El territorio como palimpsesto”. En: Martín Ramos, Ángel, *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, Barcelona: Universidad Politécnica de Catalunya [edición original (1983) “El territorio como palimpsesto”, *Diogéne*, 121].
- DE LONG, David G. (2000) “Frank Lloyd Wright y la evolución de la ciudad viviente”. En: De Long, David G. (ed.) *Frank Lloyd Wright y la ciudad viviente*, Weil: Vitra Design Museum.
- DEMATTEIS, Giuseppe (2004) “En la encrucijada de la territorialidad urbana”. En: Martín Ramos, Ángel, *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, Barcelona: Universidad Politécnica de Catalunya [edición original (1999) “Sul crocevia della territorialità urbana”. En: Dematteis, Giuseppe; Indovina, Francesco; Magnaghi, Alberto; Piroddi, Elio; Scandurra, Enzo & Secchi, Bernardo (1999) *I futuri della città. Tesi a confronto*, Milano: Franco Angeli].
- DERY, Mark (1998) *Velocidad de escape: la cibercultura en el final del siglo*, Madrid: Siruela [edición original (1996) *Cyberculture at the End of the Century*, New York: Grove Press].
- DUANY, Andres & PLATER ZYBERK, Elisabeth (2003) *SmartCode 9.2*, Gaithersburg: The Town Paper Publisher.
- EVANS, Hazel (1972) *New Towns: The British Experience*, London: Town and Country Planning Association by Charles Knight & Co. Ltd.
- FISHMAN, Robert M. (2004) “Más allá del suburbio: el nacimiento del tecnoburbio”. En: Martín Ramos, Ángel, *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, Barcelona: Universidad Politécnica de Catalunya [edición original (1987) “The Rise and Fall of Suburbia”. En: Fishman, Robert, *Bourgeois Utopias*, New York: Basic Books].
- FORD, Paul L. (1904) *Works of Thomas Jefferson*, New York: G.P. Putnam’s Sons.
- FOUCAULT, Michael (1997) “Los espacios otros: utopías y heterotopías”, *Astrágalo* 7 [edición original (1984) “Des espaces autres”, *Architecture, Mouvement, Continuité* 5, pp: 46-49].
- FOURIER, Charles (2008) *El falansterio*, Buenos Aires: Godot.
- GEDDES, Patrick (2009) *Ciudades en evolución*, Oviedo: KrK [edición original (1915) *Cities in Evolution. An introduction to the town planning movement and to the study of civics*. Londres: Williams & Norgate].
- GINZBURG, Moïse (1970) “Respuesta de Moïse Ginzburg a Le Corbusier”. En: Ceccarelli, Paolo, *La construcción de la ciudad soviética*, Barcelona: Gustavo Gili [edición original (1930) *Sovremenniaia Arhitektura* 1-2].
- HALL, Peter. A. (1996) *Ciudades del mañana: historia del urbanismo en el siglo XX*, Barcelona: Serbal [edición original (1988) *Cities of Tomorrow*, Oxford: Basil Blackwell].
- HESSEL, Stéphane (2011) *¡Indignaos!: Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*, Barcelona: Destino [edición original (2010) *Indignez-vous!*, Montpellier: Indigène].

- HESEL, Stéphane & VANDERPOOTEN, Gilles (2011) *¡Comprometeos! Ya no basta con indignarse. Conversaciones con Gilles Vanderpooten*, Barcelona: Destino [edición original (2011) *Engagez vous!*, La Tour d'Aigues: l'Aube].
- HOWARD, Ebenezer (1902) *Garden Cities of Tomorrow*, London: Swan Sonnenschein & Co., Ltd.
- (2000) *Tomorrow: a peaceful path to real reform* (Volume 2), London: Routledge. [1ª edición (1898) London: Routledge/Thoemmes Press].
- HOWE, Frederic C. (1905) *The City: The Hope of Democracy*, New York: Scribner's.
- JOHNSON, Donald L. (1930) *Frank Lloyd Wright versus America. The 1930s*, Cambridge: The MIT Press.
- JONES, Emrys (1992) *Metrópolis: las grandes ciudades del mundo*, Madrid: Alianza [edición original (1990) *Metropolis. The World's Great Cities*, Oxford University Press].
- KOOLHAAS, Rem. (2004) "La ciudad genérica". En: Martín Ramos, Ángel, *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, Barcelona: Universidad Politécnica de Catalunya [edición original (1995) *S, M, L, XL*, Rotterdam: 010 Publishers].
- KROPOTKIN, Piotr (1972) *Campos, fábricas y talleres*, Madrid: Zero [edición original (1912) *Fields, factories and workshops*, London: Thomas Nelson & Sons, London].
- KUROKAWA, Kisho (1991) *Intercultural Architecture: The Philosophy of Symbiosis*, London: Academy.
- KWINTER, Sanford (2002) *Architectures of time*, Cambridge: The MIT Press.
- LE CORBUSIER (1970) "Carta de Le Corbusier a Moïse Ginzburg". En: Ceccarelli, Paolo (1970) *La construcción de la ciudad soviética*, Barcelona: Gustavo Gili [edición original (1930) *Sovremennaia Arhitektura* 1-2].
- MITCHELL, William J. (2001) *E-topía: vida urbana, Jim, pero no la que nosotros conocemos*, Barcelona: Gustavo Gili [edición original (1999) *Urban life, Jim-but not as we know it*, Cambridge: The MIT Press].
- MORE, Thomas (1985) *Utopía*, Madrid: Akal [edición original (1516)].
- MUMFORD, Lewis (1966) *La ciudad en la historia: sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, Buenos Aires: Infinito [edición original (1961) *The City in History. Its Origins, Its Transformations, and Its Prospects*, New York: Harcourt, Brace & World, Inc.].
- MYHRA, David (1974) "Rexford Guy Tugwell: Initiator of America's Greenbelt New Towns, 1935 to 1938" *Journal of the American Institute of Planners* 40.
- OCAMPO FAILLA, Pablo (2001) "La Heterotopía del no-lugar", *Revista Arquitectura y Cultura* 1, pp: 55-56.
- PARKINSON, C. Northcote (1961) *Parkinson: La ley*. Barcelona: Ariel [edición original (1957) *Parkinson's Law and other studies in administration*, New York: Ballantine Books].
- PASTERNAK, Alexander (1970) "Polémicas sobre la ciudad del futuro". En: Ceccarelli, Paolo (1970) *La construcción de la ciudad soviética*, Barcelona: Gustavo Gili [edición original (1930) *Spory o budusciem goroda, Sovremennaia Arhitektura* 1-2].
- PAVIA, Rosario (2004) "El miedo al crecimiento urbano". En: Martín Ramos, Ángel, *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, Barcelona: Universidad Politécnica de Catalunya [edición original (1996) *Le paure dell'urbanistica, Disagio e incertezza nel progetto della città contemporanea*, Genova: Costa & Nolan].
- QUARONI, Ludovico (1970) *La Torre de Babel*, Barcelona: Gustavo Gili [edición original (1967) *La torre di Babele*, Padova: Marsilio].
- SENNETT, Richard (2001) *Cities for the new millenium*, London: Spon Press.
- (2011) *El declive del hombre público* Barcelona: Anagrama [original (1977) *The Fall of Public Man*, New York: Knopf].
- STEIN, Clarence S. & WRIGHT, Henry (1973) *Towards New Towns for America*, Cambridge: MIT Press [edición original (1957)].
- STRUMILIN, Stanislav Gustavovich (1970) "El problema de la ciudad socialista". En: Ceccarelli, Paolo (1970) *La construcción de la ciudad soviética*, Barcelona: Gustavo Gili [edición original (1930) *Problema socialisticeskich gorodov, Planovoe khoziaistvo* 5].

- SVETLOV, F. y GORNYJ, S. (1970) “La ciudad socialista en la sociedad sin clases”. En: Ceccarelli, Paolo (1970) *La construcción de la ciudad soviética*, Barcelona: Gustavo Gili [edición original (1934) *Socialisticeskij gorod v besklassovom obscestve, Planovoe khoziaistvo*.7].
- TOCQUEVILLE, Alexis de (2003) *La democracia en América*, Santa Fe: El Cid Editor [edición original (1945) *Democracy in America*, New York: Knopf].
- TOYNBEE, Arnold J. (1934) *A Study of History*, New York: Oxford University Press.
- WEBBER, Max M. (2004) “La era postciudad”. En: Martín Ramos, Ángel, *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, Barcelona: Universidad Politécnica de Catalunya [edición original (1968) “The post-City Age”, *Daelus, Journal of the America Academy of Arts and Sciences* 97, pp. 1091-1110].
- WHITE, Morton G. & WHITE, Lucia (1967) *El intelectual contra la ciudad: de Thomas Jefferson a Frank Lloyd Wright*, Buenos Aires: Infinito [edición original (1962) *The Intellectual versus the City: From Thomas Jefferson to Frank Lloyd Wright*, Cambridge: Harvard UP and the MIT Press].
- WILLIAMS, Raymond (2001) *El campo y la ciudad*, Buenos Aires: Paidós [edición original (1973) *The Country and the City*, New York: Oxford University Press].
- WRIGHT, Frank L. (1932) *The Disappearing City*, New York: W. F. Payson.
- (1935) “Broadacre city. A new community plan”, *The Architectural Record* 77 (4).
- (1945) *When democracy builds*, Chicago: University of Chicago Press.
- ZEVI, Bruno (1985) *Frank Lloyd Wright*, Barcelona: Gustavo Gili.